

todavía por terminada su tarea. Púsose á buscar al mayor Cavendish, conociendo que si aun vivia el valiente oficial estaria probablemente rondando por los alrededores del cuartel de su regimiento. Mientras Fitzmoor se dirigia por aquel lado, los dos ayudantes hacian todos sus esfuerzos para reunir municiones. Uno de ellos que residia habitualmente en el hospicio, tenia un molde en su cuarto para hacer balas.

Este era un recurso precioso. Los dos habian en seguida hecho sus esfuerzos para procurarse plomo, quitando los tubos y placas de este metal de los tejados.

Hallándose el hospital entre el cuartel del regimiento del ejército real, y la puerta donde se hallaban refugiados los europeos, Fitzmoor les habia prometido volver por ellos para llevárselos.

De todos los soldados europeos encerrados en el cuartel solo uno se habia escapado del puñal de los asesinos, escondiéndose en un colchon del que habia sacado la mayor parte de la lana. A pesar de la oscuridad y del traje de Fitzmoor, lo reconoció por un europeo en su manera de andar, y corrió hacia él. Dijo al capitán que una hora ó dos antes de su llegada habian entrado otros dos oficiales en el cuartel y que debian estar todavía allí. Fitzmoor y el soldado se pusieron á buscarlos. A riesgo de cuanto pudiese resultar, los llamaron á voces y gritos. Al fin respondieron. Eran el mayor Cavendish y el teniente que se habia marchado con él. Fitzmoor habia logrado hacer comprender al desgraciado mayor que su deber le llamaba al lado de su muger y de sus compatriotas. Un defensor mas ó menos era de una grande importancia en aquel momento para resistir á los asaltos que probablemente iban á tener lugar al amanecer. El mayor y el teniente se habian dejado convencer, habian seguido á Fitzmoor llevándose algunas provisiones y municiones recogidas en medio del destrozo del cuartel. Al pasar por el hospital, recogieron á los dos ayudantes mayores. Despues se dirigieron hacia la puerta de Arcot. Hasta allí todo habia marchado bastante bien, gracias al desórden que reinaba entre los rebeldes, pero al aproximarse á las murallas encontraron bandas de cipayos. Viéronse muy pronto cercados, pero en el momento en que se creian perdidos, á uno de los practicantes ó ayudante mayor le ocurrió la idea de ganar la puerta por los fosos. A falta de barco, cogieron en un cuerpo de guardia abandonado, una gran mesa, algunas tablas, cuerdas y unos sillones de baqueta de que cortaron tiras, y con esto construyeron precipitadamente una especie de rada.

El tránsito desde este punto á la puerta de Arcot, no era largo. Desgraciadamente, el ruido que hicieron para bajar la rada á los fosos, habia llamado la atencion de algunos cipayos. Habian hecho fuego sobre los fugitivos. Un abanderado escondido en una casa vecina, acudió en el momento que la rada se separaba de la orilla, arrojándose á ella á pesar de la oscuridad á riesgo de romperse la cabeza, ó de ahogarse. Habia caído al agua en efecto, pero tan cerca de la rada, que el teniente habia podido agarrarle por su uniforme; con las culatas de los fusiles y los pedazos de tabla traídos del cuerpo de guardia habian empujado los fugitivos su frágil esquite á lo largo de las murallas.

Protejalos la oscuridad, que impedia á los cipayos, que son muy malos tiradores, apuntar á la rada. Hirieron, sin embargo, á dos personas como hemos dicho antes.

SEGUNDA SERIE.—1860.

Cuando hubo el capitán terminado su relacion que hizo lo mas brevemente posible, vinieron todos á estrecharle la mano, y darle las gracias. Los que le habian acusado fueron los que se mostraron, como siempre, mas solícitos y fervorosos. Mistriss Cavendish olvidando todo el decoro británico no halló otro medio de dar las gracias á Fitzmoor por haberle devuelto su marido, que el de abrazar al capitán con la mayor efusion.

De todas las gracias la que mas valor tuvo para Fitzmoor, fué la de Vilhelmina, y sin embargo, esta no hizo mas que apretarle la mano, diciéndole.

—Gracias por mi tia y por mí, señor Fitzmoor.

Pero la mirada que acompañó á estas sencillas palabras bajó como un rayo del sol hasta el fondo del corazon del valiente oficial.

Pasado el primer momento de emocion, fué preciso reflexionar sobre la situacion. Aunque muy mejorada con la llegada de las provisiones y municiones, era todavía muy triste.

El día iba á aparecer. Una multitud de enemigos rodeaban aquella pequeña é improvisada fortaleza. Habia provisiones para dos dias á lo mas. Las municiones si se multiplicaban los ataques, iban á acabarse muy pronto. Preparáronse, sin embargo, á una enérgica resistencia. No habia que pensar en una capitulacion. Sabian que los cipayos prometian todo cuanto se quisiese, pero conocian demasiado la mala fé indiana para tener en ellos la menor confianza. De esto ni aun se trató. El capitán, que en todo pensaba, habia al subir el último dejado dos cuerdas amarradas á la rada. Por medio de aquellas cuerdas, se habia apresurado á subir las tablas que la componian. Aquellas tablas sirvieron, unas para encender fuego para fundir balas, otras para hacer una especie de abrigo para las mugeres. Estas se pusieron á fabricar cartuchos.

Se distribuyeron los puestos. El mayor Cavendish, oficial de mas graduacion tomó el mando. En cuanto á Fitzmoor que parecia agitar en su cabeza algun nuevo proyecto, no aceptó ningun punto especial.

Al salir los primeros rayos del sol comenzó el tiroteo. Doscientos cipayos lo menos sitiaban la puerta por la parte de la ciudad. Quinientos ó seiscientos se hallaban á la otra parte de la orilla del ancho foso. Protegidos por su posicion los europeos se defendieron con buen resultado. La mayor parte de sus tiros se aprovechaban y derribaban á un enemigo.

Los cipayos dieron tres asaltos, muy poco enérgicos á la verdad, y cada vez se vieron obligados á batirse en retirada. Muy pronto se contentaron con tirotear desde lejos á los sitiados, teniendo cuidado de mantenerse ellos mismos á cubierto. Asi se pasó el día.

Mil ochocientos indígenas que ocho dias antes se habian batido bizarramente bajo el mando de sus oficiales europeos no tuvieron valor, una vez entregados á sí mismos para atacar francamente á una treintena de ingleses. Todos aquellos hombres á pesar de ser cipayos, se hallaban bien armados, conocian el manejo de las armas y tenian tambien artillería. Felizmente para los europeos se habia en aquel tiempo tenido la precaucion de no enseñar á los soldados indígenas á cargar los cañones. Si los rebeldes habian podido hacer fuego sobre el cuartel del regimiento europeo es porque se habian encontrado con algunos cañones car-

AÑO XVIII. 35.

gados. Una vez descargados no pudieron ya volver á servirse de ellos.

A pesar de la cobardía de los cipayos la posición de los europeos era cada vez mas crítica. Las municiones se iban acabando. Tres soldados habian sido gravemente heridos.

Uno de ellos murió pocas horas despues.

XI

MILAGROS DEL CORAZON.

En el momento en que desaparecia el sol del horizonte tras ese velo de nieblas que le acompaña siempre en la aurora y en el ocaso, hubo un momento de descanso. Aprovecháronse de él para celebrar un consejo. Faltaba á él Fitzmoor, encontráronle escribiendo en un rincón. Reunióse con sus amigos algunos minutos despues. Tenian todos tal opinión de su valor y de su capacidad, que todas las miradas se volvieron hacia él como para pedirle su parecer.

—Acabo de hacer ahora mismo la cuenta de las municiones que nos quedan, dijo; apenas tendremos para la jornada de mañana. Es imposible resistir mas largo tiempo al número de los miserables que nos rodean. Nuestra sola esperanza está en la guarnición de Arcot.

—Todos hemos pensado en eso, dijo el joven abanderado, pero ¿cómo prevenirla de nuestra situación?

Cavendish, le hizo señal de que callase y dejase hablar al capitán.

—No hay mas que un medio, continuó diciendo éste. Es casi impracticable, lo sé: pero con la gracia de Dios voy á intentarlo.

Quedó todo en silencio solemne. Presintiendo algun nuevo rasgo de abnegación del capitán, Vilhelmina se puso pálida y se aproximó á él.

—Voy, dijo, Fitzmoor á aprovecharme de la oscuridad para bajar á los fosos. La barca con que los cipayos nos han perseguido ayer no debe estar muy lejos. Trataré de encontrarla.

—¿Y los caimanes? exclamaron Cavendish y su muger.

—He dicho con la gracia de Dios, respondió Fitzmoor con noble sencillez, solo con la protección de la Providencia cuento para escapar de este peligro.

—¿Y los cipayos que guardan todas las salidas del otro lado de las murallas? Dijo Cavendish.

—Con la gracia de Dios, repitió otra vez el capitán. Debeis comprender que no hay mas medio que este de salvarnos.

—Teneis razon, dijo Thompson; pero sois aquí demasiado necesario para que os dejemos marchar. A mí me toca sacrificarme por los demás.

Lo mismo dijo y con gran calor uno de los ayudantes mayores del hospital.

Suscitóse una viva disputa entre los dos valientes jóvenes. Cada uno de ellos pretendia para sí el honor de esta peligrosa misión.

—¿Conoceis uno y otro la lengua del país? les preguntó Fitzmoor.

No respondieron sino con su silencio.

—Yo la sé, gritó un viejo teniente, y yo soy el que marcharé.

—Marcharemos los dos, dijo Fitzmoor. Del éxito de

nuestra empresa pende la vida de veinte y cinco personas, y mas valen dos probabilidades que una. Vais á hacer una salida, continuó dirigiéndose á sus compañeros de infortunio. Esto os permitirá recoger algunas municiones de las cartucheras de los cipayos muertos, y cuyos cadáveres no se han atrevido á retirar los rebeldes. El teniente Duncan y yo nos aprovecharemos de esta salida, para escurrirnos en la ciudad, y desde allí á los fosos. Tendremos cuidado de dividirnos para multiplicar las probabilidades de que uno de los dos llegue. Despues cada cual hará como mejor pueda sin cuidarse de su compañero.

Tadavía hubo un momento de solemne silencio. Conocian todos que el medio propuesto por el capitán era el único que ofrecia algunas probabilidades de salvación, empero eran tan débiles estas probabilidades que les presentaban á la vista, por decirlo así, todo el horror de su situación. No se podia sin oprimirse profundamente el corazón, contemplar á aquellos dos bizarros oficiales, que iban á arrostrar una muerte casi cierta, por salvar á sus amigos.

—Apresurémonos, dijo el capitán, los momentos son preciosos. Voy á volverme á poner mi traje de cipayo, y aconsejo á Duncan que siga mi ejemplo. A Dios, amigos míos. Que cada cual vuelva á su puesto. No os dejéis sorprender, y rogad á Dios por el éxito de nuestra tentativa.

Todos fueron á estrechar la mano de los dos oficiales y á despedirse de ellos. Todos aquellos hombres de marcial rostro, lloraban como niños.

—Tengo una muger y un hijo, dijo con voz conmovida el anciano teniente, si sucumbo los recomiendo á los que de vosotros tengan la dicha de salvarse. Direis á mi hijo que he muerto como un valiente, y que cuento con que llevará dignamente mi nombre. A mi pobre muger decidla, que ella y mi hijo han ocupado mi último pensamiento.

Volvió la cabeza para ocultar una lágrima que rodó lentamente sobre sus largos y encanecidos bigotes, y con paso firme se alejó á hacer sus últimos preparativos.

El capitán, mas dueño de sí, se despedia de todos con una tranquilidad extraordinaria. Iluminado en aquel momento su rostro por el sagrado fuego que brillaba en su corazón estaba verdaderamente hermoso. Buscaba con los ojos á miss Mac-Slane, pero no la vió allí, ni á su tía. Las dos le aguardaban en un oscuro rincón de la plataforma. Incapaz de disimular los sentimientos que la inspiraba el capitán en los momentos que quizá iba á verle por la última vez, miss Mac-Slane se lo habia confesado todo á su tía.

Al ver acercarse á Fitzmoor, Vilhelmina se lanzó hacia él y le alargó la mano. Quiso hablar, pero las lágrimas le cortaron las palabras. Mistriss Cavendish hizo un movimiento para alejar de allí á su sobrina, pero al ver aquellos dos jóvenes cuya entrevista en aquel instante era tal vez la última, no tuvo valor para interrumpir su conversacion.

—Vivid! vivid..... para mí! dijo al fin miss Mac-Slane entre suspiros.

Esta vez no pudo dominarse el capitán. Brotaron las lágrimas de sus ojos.

Solo pudo murmurar en voz baja.

—Querida, mi muy querida Vilhelmina!

Despues la volvió dulcemente al lado de mistriss Cavendish.

—A Dios, si, la dijo, á Dios, miss Vilhelmina, que muer-

ra ó viva bendita seais por la felicidad que acabais de darme.

Cogió la mano de mistriss Cavendich y le deslizó en ella un billete.

—Si mañana á las dos de la tarde no estoy aquí de vuelta, la dijo en voz baja, entregad á vuestra sobrina esta carta. Será el último adiós de un hombre muerto por salvarla.

Después la miró con un aire tan suplicante que la mujer del mayor comprendió su deseo y no tuvo valor de negar la última satisfacción que imploraba aquella mirada.

—Abracémonos, le dijo adelantándose hacia él. Quizá por la última vez nos vemos en este mundo, añadió mas bajo, como para escusarse consigo misma.

Fitzmoor abrazó á mistriss Cavendich y á la pobre Vilhelmina loca de dolor. Después puso á la jóven en los brazos de su tía y corrió á reunirse con sus compañeros.

Algunos minutos mas tarde los sitiados hicieron una salida á favor de la cual Fitzmoor y Duncan, se deslizaron en medio de las filas enemigas. Los europeos se apoderaron de algunas cartucheras llenas de cartuchos, y volvieron á retirarse á la puerta sin mas pérdida que la de un solo hombre. Volvieron á subirse inmediatamente otra vez á la plataforma.

Con los ojos fijos sobre los fosos, trataban de penetrar en la oscuridad con el oído atento espionando cada ruido que por aquel lado se sentía. Al cabo de cerca de una hora se oyeron desde las murallas á algunos centenares de pasos de la puerta dos pistoletazos seguidos á muy poco de un grito desgarrador. Se oyó confusamente el ruido de una lucha, después resonó en las aguas profundas de los fosos la caída de un cuerpo pesado. Algunos surcos blanquecinos que brillaban en la oscuridad, revelaron la estela de los cañanones que se precipitaban al agua por aquel lado. Muy pronto se les oyó también pelearse al rededor de su presa.

Reinaba un silencio de muerte entre los ingleses colocados sobre la plataforma. Helábase la sangre en sus venas. Era evidentemente un europeo el que había gritado. ¿Pero era acaso el capitán Fitzmoor ó el teniente Duncan?

Pasábanse las horas sin que se oyese otra cosa que la voz de los centinelas indígenas y algunos tiros que los cipayos disparaban de tiempo en tiempo sobre los sitiados.

Se ha dicho frecuentemente que el pobre que se ahoga se agarra á una ascua ardiendo. Lo mismo sucedía á los sitiados. Todo se reunía para probarles la muerte de los oficiales que se habían consagrado á la salvación de sus compatriotas. Sin embargo, todavía se dudaba ó al menos se trataba de dudar.

Una jornada de marcha separa á Bellora de Arcot. El capitán Fitzmoor y el teniente Duncan se hallaban, quebrantado el uno por la fatiga y aturdido el otro por la edad y por las heridas recibidas en varios combates, y así suponían que debían haber caminado lentamente y aun habiendo dado algunos rodeos, así se fué conservando alguna ilusión durante la primera parte del día. Sostenidos por la esperanza de un próximo socorro los sitiados, rechazaron tres asaltos. Desgraciadamente iban acabándose las municiones, y sobre todo las provisiones de boca. Iba adelantando el día, y adelantando también la inquietud momento á momento.

Un regimiento de caballería se hallaba de guarnición en Arcot. Se había calculado que podría llegar al medio

día á socorrer á los sitiados. Sonaron sucesivamente las tres, después las cuatro, después las cinco. Los ojos de los desgraciados europeos en vano interrogaban al horizonte. Nada se divisaba sobre el camino de Arcot.

Hacia ya mucho tiempo que había pasado la hora que había fijado Fitzmoor para su vuelta. Mistriss Cavendich esperando siempre, inventaba á cada instante un nuevo pretexto para retardar el momento de entregar á Vilhelmina la carta del capitán. Sin embargo, llegó la hora en que se creyó obligada á cumplir su promesa, miss Mac-Slane había visto el movimiento del capitán y adivinado que su tía tenía una carta de éste para ella y le suplicaba continuamente se la diese.

Esto contenía la carta que con trémula mano abrió Vilhelmina y cuya lectura la hicieron mas de una vez interrumpir sus lágrimas. «Os amo desde hace dos años, mi querida Vilhelmina. En medio de los brillantes oficiales, de los ricos, empleados civiles que os adoraban no lo habeis echado de ver, ¿ni cómo habéis de reparar en un pobre oscuro capitán, que aunque os amaba con toda su alma conocía su posición y tenía bastante orgullo para divulgar su secreto? Mi sola dicha era miraros desde lejos y velar sobre vos y sobre vuestro padre.

«La casualidad me había hecho saber que ibais á marchar á Bellora. Sabía que el camino era peligroso, y que la mayor parte de mis colegas se hallaban ausentes. Me apresuré á acudir á acompañaros. Me acogisteis al principio muy duramente, pero aunque me hubierais hecho pedazos el corazón os hubiera amado siempre á pesar de todo.

«Muy feliz he sido durante este viaje. ¿Cuántas veces he estado por arrojaros á vuestros pies y deciros hasta que punto os amaba! Después he estado tentado de deciroslo, pero no pudiendo ofreceros nada, he guardado mi secreto en mi corazón, y he continuado amandoos en silencio.

«Ahora marchó á una expedición muy peligrosa. ¿Volveré de ella? No lo espero..... Si muero quiero al menos que sepais cuanto os he amado.

«Durante la última época que hemos pasado juntos me he figurado que también habéis comenzado á amarme. «Quizás no era en vos esto mas que amistad y reconocimiento. No importa, aquella idea me ha hecho muy feliz. «Bendita seais por toda la ventura que vuestra afectuosa mirada y vuestra dulce sonrisa me han hecho gozar algunas veces. Cualquiera que sea la suerte que me aguarda, vuestro querido nombre será el último que pronunciarán mis labios. No olvidéis el mío, y conservad un pensamiento para el pobre capitán que tanto os amaba y que ha muerto tratando de salvaros.»

Cuando hubo terminado la lectura de esta carta se la entregó Vilhelmina á su tía.

—Leed, la dijo, y vez si tenía yo razón de amarle. En cuanto á mí, juro aquí, delante de Dios, á cuya presencia voy probablemente á comparecer dentro de poco, juro no casarme con ningún otro mas que con el capitán Fitzmoor. Alzó sus rasgados y azules ojos al cielo como para tomarle por testigo de su juramento. Después dejó caer su cabeza sobre el hombro de mistriss Cavendich, y se puso á llorar sofocando los sollozos que hacían estremecer todo su cuerpo.

Hacia algún tiempo que se notaba que los cipayos dis-

paraban muchos menos tiros. Pronto se tuvo la esplicacion de esta aparente tranquilidad. Se preparaban con escalas y fuertes tablones á asaltar la plataforma, rompiendo la puerta tras de la que los sitiados habian hecho barricadas con piedras y maderos. Esta vez se habia perdido toda esperanza. No quedaban mas que dos cartuchos por plaza. El abanderado, uno de los practicantes y cuatro soldados habian caido atravesados por las balas de los cipayos. Otros muchos soldados habian sido heridos en las salidas que se

habian visto obligados á hacer para proporcionarse municiones, recogiendo las cartucheras abandonadas sobre los cadáveres cipayos. Acababa de saltar la puerta hecha mil pedazos, así como los objetos colocados detrás de ella formando barricadas. Entonces se vió juntarse á los cipayos para un asalto que no podia dejar de ser el último. Cavendich reunió á su muger y á su sobrina en un estrecho y último abrazo. Las dos le recordaron su promesa de matarlas antes que dejarlas caer vivas en manos de los ci-



De un sablazo le rompe el cráneo tendiéndole muerto á sus pies.

payos. Entregó á cada una de ellas una pistola cargada y con un gesto, cuyo punzante dolor nadie puede describir les señaló los fosos llenos de agua.

—Guardad esto para en el caso de que me maten antes de poder volver aquí, les dijo. ¡Dios os ampare, pobres hijas mías!

En aquel momento una terrible explosion hizo volar los últimos pedazos de la puerta. Precipitáronse los cipayos en masa por aquella abertura. Apiñados en la escalera, los sitiados se defendieron con la energía de la desesperacion.

Mistriss Cavendich, su madre, su hermana y otras cinco señoras se hallaban refugiadas en lo alto de la plataforma, medio muertas de terror, oyendo con angustia los clamores de los combatientes y encomendándose á Dios y orando.

De repente oyeron un ruido á la parte de afuera de la plataforma. Las mas animosas corrieron á ver lo que era y se asomaron al parapeto. Retrocedieron dando un grito de terror.

Una docena de cipayos habian arrimado contra los mu-

ros escalas afortunadamente demasiado cortas, y trataban de subir hacia la plataforma. Vilhelmina reconoció en uno de ellos á Gopaul Radanauh.

—Tia mia, dijo la noble jóven a' razando á mistriss Ca-

vendich, hagamos nuestra última plegaria y salvémonos del deshonor.

Por un movimiento instintivo que sin duda le inspiraba un pensamiento dado en aquel momento supremo á su



Palacio de Bellora.

amante, Vilhelmina echó los ojos sobre el camino de Arcot. Divisó por él á un ginete que venia corriendo á todo escape. Despues en medio del tumulto del asalto le pareció oír en lontananza el sonido de las trompetas de un regimiento de caballería. Dió un grito de alegría.

—El capitan Fitzmoor!

Dijo á su tia, enseñándole con el dedo al ginete que se aproximaba rápidamente.

—Ya estamos en salvo....¡ y salvadas por él! Añadió con una alegría profunda en que se revelaba todo el amor de su alma.

XII.

REPRASALIAS Y RECOMPENSAS.

Cinco minutos despues, Fitzmoor, porque en efecto era él, llegaba á la orilla del foso del lado opuesto á la puerta. En aquel mismo instante Gopaul, y algunos otros cipayos arribaban contra la puerta sitiada nuevas escalas atadas y ajustadas unas con otras, y que esta vez tenian ya la suficiente altura. A lo lejos, muy lejos, muy lejos todavía, se oía claro y distinto cada vez mas el sonido de las trompetas de un regimiento de caballería. Desgraciadamente era de temer que no llegase demasiado pronto para salvar á los sitiados.

Vilhelmina de pie sobre el parapeto miraba alternativamente al capitán y á Gopaul.

El uno la traía la salvación: el otro la muerte. ¿Cuál llegaría el primero?

Comenzaba Gopaul á subir por la escala. En aquel momento se apeaba el capitán de su caballo. Quitase su casaca, coge el sable entre los dientes, y se precipita desde todo lo alto de la muralla exterior á las profundas aguas del foso. Al ruido de su caída se lanzan hacia él los caimanes, rechinando sus quijadas. Apártarlos el capitán con sus gritos y bruscos movimientos. Nada en medio de ellos y se dirige en línea recta hacia la puerta de los sitiados; cincuenta cipayos hacen fuego sobre él á la vez. Afortunadamente sus tiros mal dirigidos, como de costumbre, dan al rededor del capitán y solo sirven para asustar á los caimanes. En medio de todos estos peligros llega al fin Fitzmoor al pie de la muralla debajo de la puerta. Vilhelmina le echa una cuerda. Agárrase á ella con las manos y sube. Toca por último ya á la cumbre de la plataforma. Gopaul, que llega al mismo tiempo que él, corta la cuerda de un sablazo; empero el capitán se ha aferrado á las piedras del parapeto, y logra sostenerse. Vilhelmina le alarga una mano, átese á ella, y por un esfuerzo supremo coloca el pie en la plataforma.

Derriba una oleada de cipayos, mientras que Gopaul arrebató á Vilhelmina en sus nervudos brazos y se la lleva á pesar de su desesperada resistencia. Levántase Fitzmoor como un león herido. Bajo su tulinante mirada vacilan, titubean los cipayos y retroceden.

—¡Atrás!!! les grita con aquella voz imponente y atonadora que tantas veces los ha arrastrado al combate.

Despues se lanza en medio de ellos, atraviesa sus filas y alcanza á Gopaul. Este se vuelve y le dispara á boca de jarro un fusil de que acaba de apoderarse. Con el brazo izquierdo coge Fitzmoor la bayoneta con toda la mano, y separa el fusil y evita el tiro. Arranca el fusil de manos de Gopaul, á quien el sacudimiento deja caer de espaldas, y un sablazo le rompe el cráneo tendiéndole muerto á sus pies.

Temiendo por Vilhelmina las balas de los cipayos que todavía les rodean, Fitzmoor empuja á la joven hacia un ángulo y se coloca delante de ella. Allí solo combate cara á cara con cincuenta enemigos que no se atreven á atacarle de frente.

—¡Socorro, amigos! socorro! esclama. Ya están aquí los dragones!

Su voz resonó hasta en la escalera y dió ánimo á los europeos. Algunos de ellos volvieron á subir y cargaron bizarramente á los cipayos, que se apiñaron sobre la plataforma. De repente resonó sobre la otra orilla el galope de los caballos. Llegó un regimiento de caballería enfrente de

la puerta. Todo habia huido delante de ellos por aquel lado de los fosos. Llevaban una pieza de artillería: la dirigieron hacia la misma puerta encima de la que se hallaban refugiados los europeos.

Al primer cañonazo echaron á correr los cipayos. Se bajó el puente levadizo. Los dragones se precipitaron al galope dentro de la ciudad, y cargaron sable en mano á cuantos encontraron á su paso. Huían los cipayos en todas direcciones, pero tambien se los persiguió hasta dentro de las casas. Entonces comenzó una horrible carnicería. Exasperados con la vista de los cadáveres mutilados de sus compañeros que á cada paso encontraban tendidos en las plazas y en las calles, no dieron los ingleses á nadie cuartel.

Seiscientos ó setecientos rebeldes se habian refugiado en el patio del Juego de pelota en donde se apiñaron y amontonaron como un rebaño de carneros. Trajéronse piezas de artillería cargadas de metralla, y allí perecieron, sin quedar ni uno solo, todos los cipayos.

El fakir Nanna-Mokerge fué hallado entre los muertos.

Mientras se entregaban los vencedores á estas sangrientas represalias, se habian quedado muchos oficiales al lado de los sitiados, abrazándose llorando los amigos que habian perdido la esperanza de volverse á ver. Estos daban gracias con efusión á sus salvadores, y sobre todo al intrépido y bizarro Fitzmoor.

Este último, á quien todo el mundo rodeaba y felicitaba, respondía á cada uno maquinalmente, pero no escuchaba ni miraba mas que á miss Mac-Slane. Arrodillada delante de él la joven ayudaba al cirujano á curar tres heridas que habia recibido Fitzmoor, la una en un brazo, y las otras dos en el pecho. Ninguna de ellas parecia peligrosa.

El coronel Mac-Slane vino á estrechar la mano del capitán con un profundo agradecimiento.

—Mi valiente Fitzmoor, dijo el veterano oficial con las lágrimas en los ojos, ¿cómo podré yo pagáros cuanto habeis hecho?

Fitzmoor no respondió, pero su mirada se detuvo sobre Vilhelmina que le apretó furtivamente la mano.

—Creo que eso no será difícil, hermano mio, respondió mistriss Cavendish á media voz.

—¿Cómo? preguntó el coronel.

—Fitzmoor ama á Vilhelmina, y creo que no se hará mucho de rogar vuestra hija para ser la muger del mas bizarro oficial del ejército.

—¿Es eso verdad? replicó Mac-Slane, cuya asombrada mirada se fijaba alternativamente en el capitán y en su hija.

Vilhelmina se arrojó en los brazos de su padre y le dijo en voz baja abrazándole:

—Es verdad, padre mio.

—¿Te ama?

—¡Oh! sí, padre mio.

—¿Y tú?

—Si hubiese muerto no le hubiera sobrevivido, respondió con voz conmovida.

El coronel consultó con una mirada á su hermana á la que profesaba el mayor afecto, y con la que tenia la mayor deferencia. Hízole esta un gesto afirmativo, y fué á coger la mano de Fitzmoor. Mac-Slane cogió la de Vilhelmina y la colocó en la mano del herido.

—¿Estamos pagados, señor Fitzmoor? le preguntó sonriendo mistriss Cavendish.

El capitán le apretó la mano con efusión, pues estaba demasiado conmovido para hablar.

Mac-Slane y su hermana se alejaron á algunos pasos de distancia.

—¿Es verdad que me amais? preguntó en voz baja Fitzmoor á la jóven.

—Sí, le respondió, sí, amigo mío, y tendré orgullo en llevar vuestro nombre.

—¡Oh! si supiérais cuanto os amo yo! dijo con un acento salido del corazón.

Llegaron algunas personas. Vilhelmina estrechó por última vez la mano de su amante, y se retiró con su padre y con su tía. El señor y la señora de Cavendish exigieron que Fitzmoor fuese trasladado para curarse á su casa.

Pronto se cicatrizaron sus heridas. Todos se pusieron en movimiento, y le recomendaron para obtener lo mas pronto posible los papeles necesarios para su matrimonio, que no tardó en celebrarse.

Thompson, que había marchado á reunirse con sus padres en Calcuta se portó como un generoso rival. Tales elogios hizo del capitán, que el gobierno nombró á Fitzmoor para el importante y esplendidamente retribuido empleo de residente, cerca del Nizan.

Cuando el coronel Mac-Slane se decidió á retirarse del servicio militar, se fué á vivir con su yerno, con el que mas tarde regresó á Inglaterra.

LOS CAMPANARIOS DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE CAENS.

TRADICION POPELAR.

En el grabado que presentamos á nuestros lectores de la vista del abside de la hermosa iglesia de San Pedro de Caens, seguramente lo que mas les admirará es el aéreo conjunto de los campanarios ó torrecillas.

Estas torrecillas ó pirámides tienen una tradicion local. Es una historia que nos contaron al visitar esta iglesia.

El arquitecto que ejecutaba en el siglo XVI esta maravilla del arte se llamaba Hector Sohyer y era de Caen. Qui-so reasumir en su obra todas las riquezas, todas las bellas formas del Renacimiento. Cuando hubo dibujado su ejército de puntas de pirámides y de columnitas demasiado numeroso y muy recargado para un edificio gótico, vió retroceder espantados á los mas atrevidos escultores ante la enorme y peligrosa tarea que les imponía.

Los convidó á todos á comer para el día siguiente, les dió un magnífico festín, recibéndolos de gran etiqueta con su hija Clotilde ataviada con sus mas ricas joyas y bellos adornos.

Es menester decir que su hija era la perla de Normandía, y que todos los artistas hubieran dado de muy buena gana toda su sangre por tocarla la punta de un dedo. El banquete fué largo y alegre. El arquitecto estuvo muy amable, comunicativo y familiar, Clotilde encantadora é irresistible, y los escultores se quedaron embriagados con el talento del maestro, las gracias de la niña y el fuego de sus hechiceros ojos.

Al concluir los postres, Hector Sohyer se puso en pie,

hizo llenar con delicioso Burdeos los vasos de todos, y dijo solemnemente brindando:

—A la conclusion de los campanarios de la abside de San Pedro, y por aquel de vosotros que ejecute el mas alto y hermoso, yo le prometo delante de todos en recompensa el corazón y la mano de Clotilde!

La jóven aceptó el brindis ruborizándose, lo que la puso mas hermosa todavía.

A la mañana siguiente todos los escultores se hallaban instalados trabajando en sus aéreos andamios.

Durante dos años aquello fué un trabajo encarnizado, prodigioso, infinito.

Constituida juez por los opositores Clotilde, esta no se hallaba satisfecha y contenta de ninguno de ellos.

Esta base era demasiado pesada, aquella flecha demasiado aguda, aquel canelón irregular, este otro bajo relieve indigno del asunto, etc., etc. Los artistas volvian á trabajar de nuevo y hacian lo imposible prodigando esfuerzos sobrehumanos.

Tres de entre ellos murieron agobiados de trabajo. Dos se mataron cayendo á la calle, cuatro renunciaron á ganar el premio. En la lucha suprema el último esfuerzo quedó reducido á los cinco mas capaces, inteligentes y atrevidos. Por último, termináronse los campanarios, pirámides ó flechas, y todo el mundo se estasiaba lleno de admiración delante de ellos. El mismo Sohyer no tuvo nada que decir ni reparo alguno que poner.

Fué preciso, pues, que Clotilde pronunciase su decision.

Clotilde era muy buena católica y los hugonotes sitiaban á Caen.

—Mi corazón y mi mano son vuestros, dijo al mas hábil de los escultores, que precisamente era el mas jóven y mejor mozo, si me traeis antes del domingo la bandera de Coligny y la plantais en la punta de vuestro campanario.

Una hora despues Jacobo Le Maitre, este era el nombre del artista, entraba en el castillo cercado por los calvinistas. Halló la guarnición católica en el mayor desaliento, sin pan, sin pagas, sin municiones y sin vestuario. Persuadió á los mas animosos á intentar con él un golpe desesperado. Recibió el mando absoluto. Hizo fundir las alhajas del castillo para pagarlos, y del plomo de las sillas y de los techos hizo balas para los mosquetes de la guarnición. Los vistió de tisú y paño de oro y plata, con las colchas, colgaduras y cortinas de los salones. En una palabra, ejecutó con ellos una salida tan vigorosa y triunfante, que los hugonotes, creyendo ver los diablos en quienes no creían, huyeron con Coligny arastrándole en su derrota.

Al día siguiente, delante de toda la ciudad reunida y en medio de las aclamaciones y entusiasmados aplausos de la muchedumbre, un jóven herido en la frente se lanzó de andamio en andamio y llegó hasta la cima del mas alto campanario de San Pedro.

Allí ató una bandera acorbillada á balazos y bajó á la plaza en medio de atronadores vivas y aplausos.

Aquel jóven era Jacobo Le Maitre y aquella bandera era el pendón de Coligny.

Clotilde abrazó al vencedor al pie de su obra maestra y de sus trofeos, y un mes despues los dos se casaban en la hermosa iglesia, en presencia del gobernador, del obispo y los principales habitantes de la ciudad.

Cuando Enrique IV vino á dar gracias á los caeneses

en 1603, le presentaron á Santiago Le Maitre y á su muger y le contaron su historia.

—¡Voto al chápíro! dijo el Bearnés, dispuesto estoy á hacer otro tanto por la misma recompensa.



Iglesia de San Pedro en Caen.

Besó la mano de la muger de Le Maitre y nombró á su esposo escultor del rey.

Desde aquel tiempo, todas las victorias de la Francia

han visto ondear al aire en el campanario de Santiago Le Maitre una bandera. Así se ha hecho también en las últimas victorias conseguidas en Crimea y en Italia en estos años.